

Revistas Literarias Mexicanas Modernas o el legado de José Luis Martínez

Antonio Cajero Vázquez

Gracias a la colección facsimilar Revistas Literarias Mexicanas Modernas, los lectores contemporáneos podemos asomarnos a la animada vida cultural de los siglos XIX y XX en nuestro país. Antonio Cajero, investigador de El Colegio de San Luis, esboza las características de este magno proyecto editorial.

Antes que la crónica de un homenaje anunciado a propósito de José Luis Martínez, que en 2018 cumple su primer centenario, quisiera vindicar uno de sus mayores logros como director del Fondo de Cultura Económica (1977-1982), y conste que no fueron pocos. Me refero a las ediciones facsimilares comprendidas en la colección o “serie” Revistas Literarias Mexicanas Modernas. El proyecto, sin embargo, es de larga data en el pensamiento de don José Luis. En sus artículos y conferencias de los años cuarenta, la trascendencia de las revistas literarias en la configuración de la historia de la literatura mexicana asomaba con profusión y, acaso, con desesperado ahínco.

Al respecto, me parece pertinente referir un singular adagio aplicable al proyecto que Martínez fue incubando desde principios de 1940 y que sólo alcanzó a fraguar cuatro décadas después; su enunciación se atribuye a Arsenio Cué, el personaje de *Tres tristes tigres* que pudo haberla *pepenado* de boca ajena: “La vida propone y Dios dispone y el hombre pospone”. La posposición, en el caso de Martínez, no dependió de quien entregó su vida a la consolidación del campo literario en México, sino de un moroso respaldo institucional que tardó decenios en tomar forma: primeramente, en “Literatura femenina” (1943), Martínez pondera no sólo a las herederas de Virginia Woolf en un aletargado México todavía a expensas

del obrerismo cultural, la plástica monumental y la narrativa de corte revolucionario, sino una publicación hecha exclusivamente por mujeres, la pujante revista *Rueca* comandada por Carmen Toscano.

En un artículo posterior, dedicado a Altamirano y la trascendencia de su obra en la consolidación de la literatura nacional, “*El Renacimiento y su tiempo*” (1947), Martínez explica la función de las revistas literarias de México durante el siglo XIX; asimismo, destaca que, para mediados del XX, el periodo más estudiado de las letras mexicanas era el siglo decimonono; sin embargo, este logro se vería empañado por una laguna documental apenas percibida por los investigadores de la época: a juicio de Martínez, faltaba consultar las publicaciones periódicas “que, acaso por su misma humildad, por su carácter transitorio, son [las] más [reveladoras] de la vida literaria de México a partir de los primeros años del siglo [XIX]”. Los libros apenas representarían una cara de la moneda: las revistas, la otra. Luz y sombra de un proceso que hoy por hoy recibe una atención inédita. Tesis, libros, artículos, congresos e investigaciones de gran calado revelan los intrínquilis entre prensa y literatura.

Durante el siglo XIX, que un libro alcanzara las imprentas no necesariamente respondía a criterios de calidad estética; muchas veces regía el factor económico, y lo estrictamente literario era desplazado a un

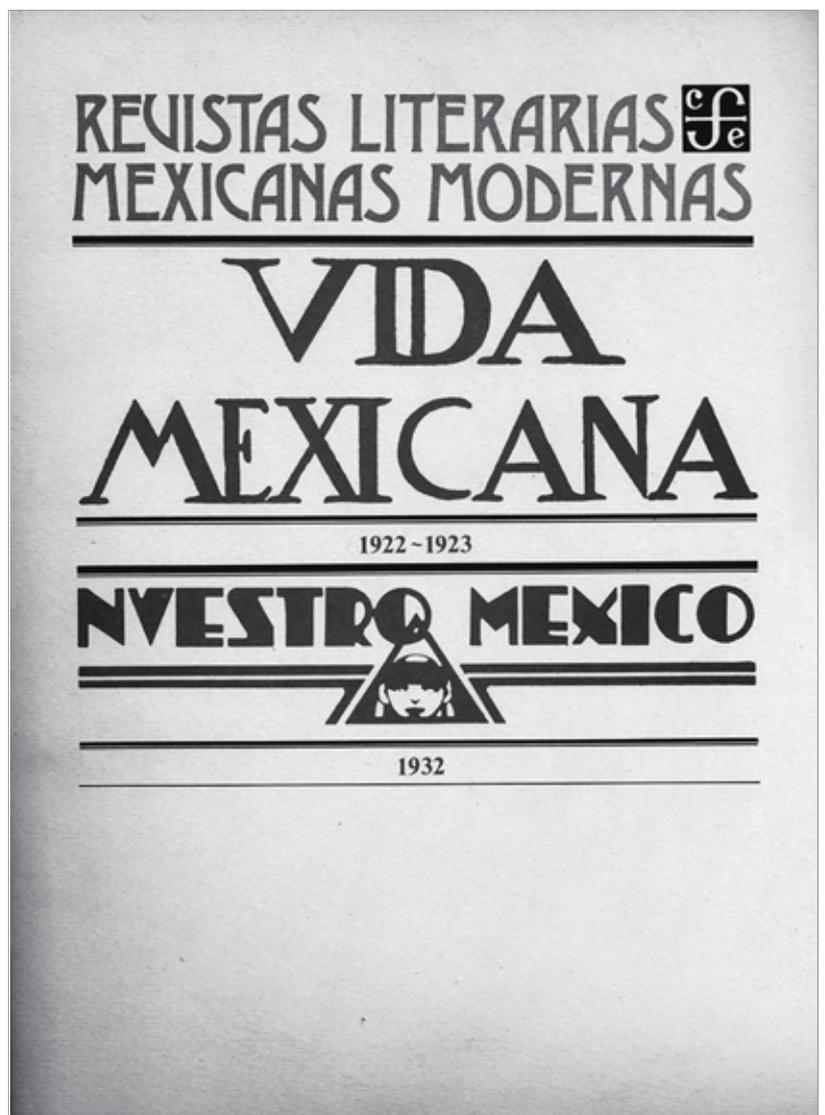
plano accesorio. Por el contrario, “para fortuna de los escritores, las revistas literarias han vivido, sucediéndose unas a otras, para recoger con largueza lo mismo las páginas del poderoso que las del humilde, las de la personalidad consagrada que las del escritor oscuro y las del joven que se inicia en la literatura”. Así, la pobreza material de los escritores decimonónicos generó una riqueza documental que democratizaba no únicamente los costos de tal o cual publicación entre suscriptores y colaboradores, sino las páginas de muchos experimentos revisteriles, cuyo paradigma encarnaría en *El Renacimiento* (1869). Las revistas, podría decirse, han representado, y representan, el pulso vivo de nuestras letras.

La inquietud por esta carencia en la historiografía literaria también se halla manifiesta en el artículo “Las revistas literarias del romanticismo mexicano” (1948), texto al que le sigue una somera revisión de las revistas *Letras de México* y *El Hijo Pródigo* (enero de 1949). Más contundente resulta el denominado “Misión de las revistas literarias de México” (abril de 1949), donde Martínez acrisola sus tanteos previos y refuerza su convicción de que las letras nacionales deben su vitalidad a la indigencia del campo editorial. Lo trágico, sentenciaba Martínez, “son cada vez de más difícil acceso”. Si a esto se agrega que las colecciones completas de revistas literarias escasean (generalmente alojadas en universidades extranjeras o mutiladas o encarecidas por los libreros de viejo), además del desdén de la crítica que las esquivo con el riesgo de modelar panoramas incompletos, la lección resulta desoladora: “Ahí está ciertamente nuestra literatura viva, pero que nunca hasta hoy hemos visto reimpresa y estudiada”. A principios de 1979, el sueño deviene realidad: empiezan a salir de las prensas del Fondo de Cultura Económica los primeros facsímiles de esta “literatura viva”, ahora sí accesibles a especialistas y aficionados.

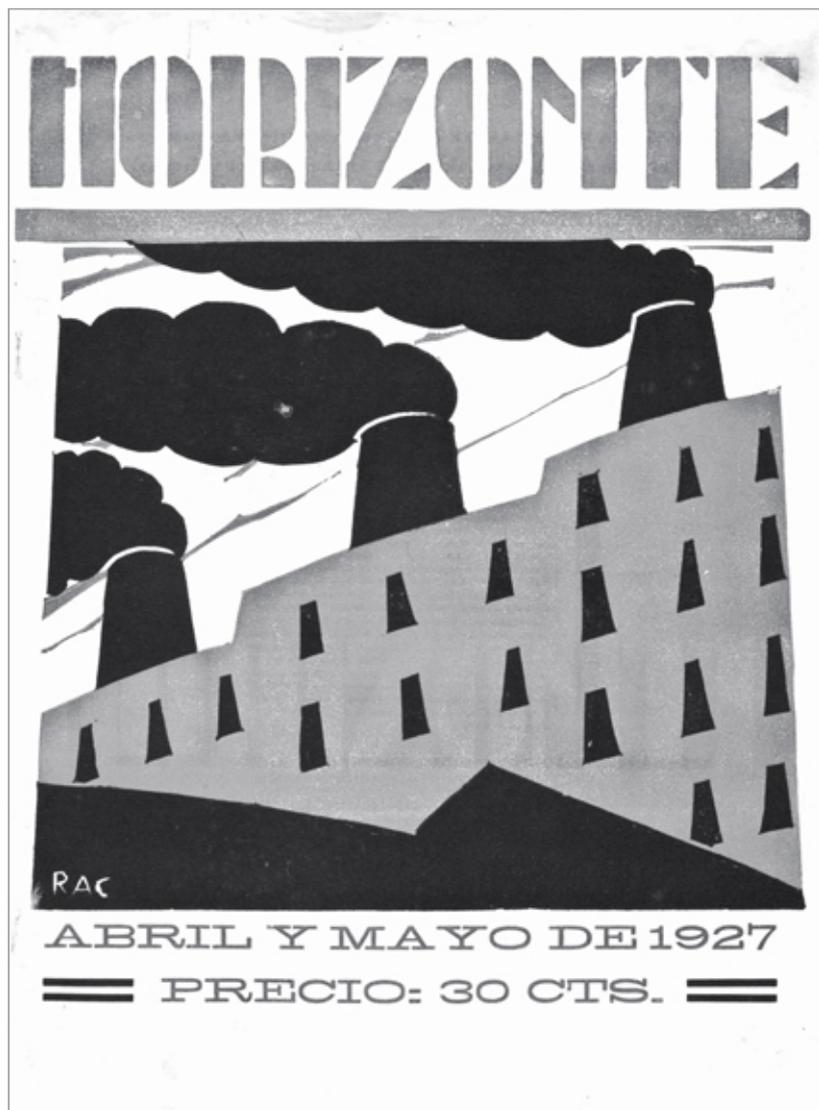
El propósito de la colección iniciada por el entonces director del Fondo de Cultura aparece reproducido en la tercera de forros de todos los ejemplares impresos, hasta donde tengo noticia, entre 1979 y 1987, en los términos siguientes:

Revistas literarias mexicanas modernas es una serie publicada por el Fondo de Cultura Económica con el propósito de poner nuevamente en circulación, en ediciones facsimilares, las principales revistas literarias aparecidas en México en la primera mitad del siglo xx. De esta manera el “curioso lector” y el estudioso de nuestras letras tendrán a su alcance este sector de la literatura nacional de acceso tan difícil y de tanto interés documental. Con el objeto de facilitar su consulta, cada revista va precedida por una presentación y una ficha descriptiva, y cada volumen va provisto de un índice de autores.

Los facsímiles de la serie contienen un apartado de “Presentación” que puede ir desde un escueto, pero iluminador, texto sin firma (atribuible a Martínez), como en los casos de *Pegaso*, *Revista Nueva*, *Vida Mexicana* o *Nuestro México*; otras recuperan el testimonio de sus protagonistas, verbigracia *Arte* o *La Falange*, cuyas presentaciones corresponden a pasajes de *El hombre del búho* y *Tiempo de arena*, de Enrique González Martínez y Jaime Torres Bodet, respectivamente; unas más se sirvieron de las mencionadas conferencias convocadas y luego publicadas por el INBA en las mencionadas series de *Las revistas literarias de México* (*Gladios*, *San-Ev-Ank*, *México Moderno*, *El Maestro*, *Barandal*, *Taller*, entre otras); dos casos anómalos al respecto: 1) *Taller* concentra una decena de presentaciones de fuentes heterogéneas, testimoniales y críticas, y 2) *Contemporáneos* cuenta, nada más y nada menos, con 53 presentaciones; por el contrario, el suplemento de *Pegaso* únicamente contempla una “Advertencia”: “La publicación de estos cinco números de *Pegaso* —que se desconocían— complementan la edición de los quince primeros números en un volumen anterior de esta serie *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*”.



Edición facsimilar de las revistas *Vida Mexicana*, 1922-1923 y *Nuestro México*, 1932, colección *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, 1981



Revista estridentista *Horizonte*, colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas, 2011

Minucias y curiosidades. La calidad del papel en que se imprimieron los facsímiles exhibe algunas irregularidades: con excepción de *Bandera de Provincias* (que se encuadernó en pasta dura con acabados en papel kraft), los empastados del resto de la colección se hicieron en cartoncillo color hueso; en cuanto al papel en que se imprimió el contenido, se empleó un bond ahuesado de diferente gramaje; aunque para los siete ejemplares de los trece tomos de *Contemporáneos* utilizaron papel revolución o (eufemísticamente) educación. Aun cuando la *Revista Mexicana de Literatura* se mantiene en la lista al final del facsímil de *Bandera de Provincias*, su inclusión en la serie quedó en suspenso. Recientemente se ha sumado a la prestigiosa colección una de las revistas de Maples Arce y compañía, *Horizonte* (1926-1927), cuya edición facsimilar salió de las prensas en noviembre de 2011, con un tiraje de mil ejemplares.

Como quería José Luis Martínez, la historia de la literatura mexicana se ha enriquecido y ha adquirido una nueva dimensión a raíz de la publicación de las Revistas Literarias Mexicanas Modernas. Alguno puede objetar que muchas otras quedaron fuera, princi-

palmente de provincia, y tendrá razón; pero con todo y que Martínez era un titán para estas empresas, seguramente los recursos de que disponía estaban limitados e hizo lo que más y mejor pudo. No me cabe la menor duda. Así como establecí los vasos comunicantes entre los dos tomos de *Las revistas literarias de México* y el proyecto de Martínez, considero que las ramas de este fructífero árbol se extienden hasta el *Diccionario de escritores mexicanos* coordinado por Aurora M. Ocampo, que aprovecha como fuentes los facsímiles, más manejables que los originales dispersos en bibliotecas públicas y archivos particulares, con un largo y escabroso camino de por medio entre ellos y los curiosos lectores.

Empedernido visitador de las librerías de viejo, me he percatado de que algunos títulos resultan casi inaccesibles para el recolector de la serie que, así como el niño que colecciona estampitas para el álbum en boga, sufrirá por conseguir *Taller*, *Bandera de Provincias*, *Nuestro México / Vida Mexicana* o el suplemento de *Pegaso*; particularmente, me llevó mucho tiempo agenciarme el tomo V de *Contemporáneos*. Otros más afortunados, supongo, habrán comprado la colección completa cuando se vendía como saldo a las afueras del Palacio de Minería en los ya lejanos años ochenta.

Espero que hoy, en honor a la ingente labor de José Luis Martínez, se conserve más del diez por ciento de colecciones de estos útiles e imprescindibles facsímiles en bibliotecas públicas, privadas y universitarias para una puntual apreciación de nuestra baldada historia literaria. Para cerrar este ya farragoso recuento, me gustaría reivindicar la tarea de “conservar y ordenar los papeles” que Martínez asumió como destino; a la luz de varias décadas, las palabras que expresó en la recepción del Premio en Letras del Fondo de Fomento Educativo el 31 de julio de 1979, en la Ciudad de México, suenan a confesión y profecía, justo cuando habían salido ya las primeras muestras de las Revistas Literarias Mexicanas Modernas:

Entre los hombres y mujeres de vocación cultural, hay un pequeño número de privilegiados que tienen el don de la creación; otros que sirven de maestros y divulgadores; hay quienes tienen capacidad para la crítica, la disidencia y la revolución, y otros más cuyo destino es conservar y ordenar papeles. Descubrir el camino de cada uno y perseverar día a día en su acrecentamiento, sin olvidar la importancia de las otras funciones y el marco general de deberes sociales de que somos parte, es servir a nuestras convicciones, y a nuestra patria, en lo grande o en lo humilde, en la medida justa de nuestras aptitudes; y es también comenzar a estar en paz con nosotros mismos. **U**